



---

## Manuelita Sáenz: más que la libertadora del libertador

---

### Manuelita Saenz: more than the liberator of the liberator

---

#### RESUMEN

Manuela Sáenz y Aizpuru o Sáenz de Thorne -más conocida como Manuelita Sáenz- nació en Quito cuando finalizaba el año 1797 y falleció en Paita, Perú, cuando concluía el 1856. Aunque por algún tiempo la sociedad pretérita pudo querer encasillarla como la temeraria y caprichosa amante de Bolívar, la historia actual le otorga el lugar que se merece como mujer adelantada a su tiempo, amante de la libertad latinoamericana y del derecho femenino no solo a ser, sino a hacer y a (des)hacer. Para este monográfico se han escogido 4 de sus epístolas, suscritas a causa de diversos eventos: En la primera le comunica a su esposo James Thorne que no abandonará a Bolívar, entre su justificación expone que la tienen sin cuidado las normas sociales de entonces: “me río de mí misma, de usted y de todas las seriedades inglesas”. En la segunda, reprocha al propio libertador su inseguridad con respecto a su capacidad que como mujer pudiera tener de desempeñarse en el campo de batalla. En la tercera, le escribe a la Coronela Juana Azurduy. Afianza el rol de la mujer en el mundo castrense. La última es el texto en el que le detalla al General O’leary por qué el propio Bolívar la consideró su libertadora.

**Palabras clave:** Manuela Saénz, soldado, James Thorne, Coronela Juana Azurduy, General O’leary.

#### ABSTRACT

Manuela Sáenz y Aizpuru or Sáenz de Thorne -better known as Manuelita Sáenz- was born in Quito at the end of 1797 and died in Paita, Peru, at the end of 1856. Although for some time past society may have wanted to pigeonhole her as Bolivar’s reckless and capricious lover, current history gives her the place she deserves as a woman ahead of her time, a lover of Latin American freedom and of the feminine right not only to be, but to do and (dis)do. For this monograph we have chosen 4 of her epistles, written for different events: In the first one she tells her husband James Thorne that she will not abandon Bolivar, among her justification she states that she does not care about the social norms of the time: “I laugh at myself, at you and at all the English seriousness”. In the second, she reproaches the liberator himself for his insecurity regarding her ability as a woman to perform on the battlefield. In the third, he writes to Colonel Juana Azurduy. She affirms the role of women in the military world. The last one is the text in which she details to General O’Leary why Bolivar himself considered her his liberator.

**Keywords:** Manuela Saénz, soldier, James Thorne, Colonel Juana Azurduy, General O’leary.



### *Epístola 1*

Manuela Sáenz, carta a su marido, James Thorne

Lima, octubre de 1823

¡No, no, no más hombre, ¡por Dios! ¿Por qué me hace usted escribirle, faltando a mi resolución? Vamos, ¿qué adelanta usted sino hacerme pasar por el dolor de decirle mil veces no?

Señor: usted es excelente, es inimitable; jamás diré otra cosa sino lo que es usted. Pero, mi amigo, dejar a usted por el general Bolívar es algo; dejar a otro marido sin las cualidades de usted, sería nada.

¿Y usted cree que yo, después de ser la predilecta de este general por siete años, y con la seguridad de poseer su corazón, preferiría ser la mujer de otro, ni del Padre, ni del Hijo, ni del Espíritu Santo, o de la Santísima Trinidad?

Si algo siento es que no haya sido usted mejor para haberlo dejado. Yo sé muy bien que nada puede unirme a Bolívar bajo los auspicios de lo que usted llama honor. ¿Me cree usted menos honrada por ser él mi amante y no mi esposo? ¡Ah!, yo no vivo de las preocupaciones sociales, inventadas para atormentarse mutuamente.

Déjeme usted en paz, mi querido inglés. Hagamos otra cosa. En el cielo nos volveremos a casar, pero en la tierra no. ¿Cree usted malo este convenio? Entonces diría yo que usted es muy descontentadizo.

En la patria celestial pasaremos una vida angélica y toda espiritual (pues como hombre, usted es pesado); allá todo será a la inglesa, porque la vida monótona está reservada a su nación (en amores digo; pues en lo demás, ¿quiénes más hábiles para el comercio y la marina?). El amor les acomoda sin placeres; la conversación, sin gracia, y el caminar, despacio; el saludar, con reverencia; el levantarse y sentarse, con cuidado; la chanza, sin risa. Todas estas son formalidades divinas; pero a mí, miserable mortal, que me río de mí misma, de usted y de todas las seriedades inglesas, ¡Qué mal me iría en el cielo! Tan malo como si me fuera a vivir en Inglaterra

o Constantinopla, pues me deben estos lugares el concepto de tiranos con las mujeres, aunque no lo fuese usted conmigo, pero sí más celoso que un portugués. Eso no lo quiero. ¿No tengo buen gusto?

Basta de chanzas. Formalmente y sin reírme, y con toda la seriedad, verdad y pureza de una inglesa, digo que no me juntaré jamás con usted. Usted anglicano y yo atea, es el más fuerte impedimento religioso; el que estoy amando a otro, es el mayor y más fuerte. ¿No ve usted con qué formalidad pienso?

Su invariable amiga,

Manuela

### *Epístola 2*

Carta de Manuela Sáenz a Bolívar (junio de 1824)

Huamachuco, 16 de junio de 1824

Mi querido Simón:

Mi amado: las condiciones adversas que se presenten en el camino de la campaña que usted piensa realizar no intimidan mi condición de mujer. Por el contrario. ¡Yo las reto! ¿Qué piensa usted de mí? Usted siempre me ha dicho que tengo más pantalones que cualquiera de sus oficiales, ¿o no? De corazón le digo, tendrá usted más fiel compañera que yo y no saldrá de mis labios queja alguna que lo haga arrepentirse de la decisión de aceptarme. ¿Me lleva usted? Pues allá voy. Que no es condición temeraria esta, sino de valor y de amor a la independencia (no se sienta usted celoso).

Suya siempre. Manuela.

### *Epístola 3*

Manuela Sáenz, Carta a la Coronela Juana Azurduy, desde Charcas, 8 de diciembre De 1825

Charcas, 8 de diciembre de 1825

Señora

Cnel. Juana Azurdui de Padilla

Presente.



Señora Dona Juana:

El Libertador Bolívar me ha comentado la honda emoción que vivió al compartir con el General Sucre, Lanza y el Estado Mayor del Ejército Colombiano, la visita que realizaron para reconocerle sus sacrificios por la libertad y la independencia.

El sentimiento que recogí del Libertador, y el ascenso a Coronel que le ha conferido, el primero que firma en la patria de su nombre, se vieron acompañados de comentarios del valor y la abnegación que identificaron a su persona durante los años más difíciles de la lucha por la independencia. No estuvo ausente la memoria de su esposo, el Coronel Manuel Asencio Padilla, y de los recuerdos que la gente tiene del Caudillo y la Amazona.

Una vida como la suya me produce el mayor de los respetos y mueven mi sentimiento para pedirle pueda recibirme cuando usted disponga, para conversar y expresarle la admiración que me nace por su conducta; debe sentirse orgullosa de ver convertida en realidad la razón de sus sacrificios y recibir los honores que ellos le han ganado.

Téngame, por favor, como su amiga leal.

Manuela Sáenz.

#### *Epístola 4*

Carta de Manuela Sáenz al General O'leary sobre los acontecimientos desarrollados el 25 de septiembre del año 1828

Paita, 10 de agosto de 1850

Me pide usted le diga lo que presencié el 25 de septiembre del año 28 en la casa del gobierno bogotano, a más quiero decirle lo que ocurrió antes. Una noche, estando yo en dicha casa, me llamó una criada mía, diciéndome que una señora con mucha precisión me llamaba en la puerta de calle; salí dejando al Libertador en cama, algo resfriado. Esta señora (que existe) que me llamaba, dijo que tenía que hacerme ciertas revelaciones nacidas del afecto al Libertador,

pero que en recompensa exigía que no sonase su nombre; yo la hice entrar, la dejé en el comedor y le indiqué al general.

Él me dijo que estando enfermo no podía salir a recibirla, ni podía hacerla entrar a su cama, y que yo la oyese, y que además, ella eso era lo que proponía. Le di a la señora estas disculpas; la señora me dijo entonces que había una conspiración, nada menos que contra su vida; que había muchas tentativas, y que solo la dilataban hasta encontrar un tiro certero. Que los conjurados se reunían en varias partes: una de ellas, en la casa de moneda, que el jefe de esta maquinación era el general Santander, aunque no asistía a las reuniones y solo sabía el estado de las cosas por sus agentes. Pero que él era el jefe de la obra. Que el general Córdova sabía algo, pero no el todo, pues sus amigos lo iban reduciendo poco a poco. En fin, la señora me dijo tanto, que ya ni recuerdo.

El Libertador, apenas oyó nombrar al general Córdova, se exaltó, llamó al edecán de servicio y le dijo: "Fergusson: vaya usted a oír a esa señora." Este volvió, diciéndole lo que yo le había dicho y con más precisión que yo. El general dijo: "Dígale usted a esa mujer que se vaya, y que es una infamia el tomar el nombre de un general valiente como el general Córdova". El señor Fergusson no fue tan brusco en su respuesta, pero la cosa quedó en ese estado. Vino don Pepe París y le dijo al general todo. Este señor contestó: "Esas buenas gentes tienen por usted una decisión que todo les parece una conspiración". "Pero usted hable mañana con ella", le dijo el general. No supe más sobre esto, pero en muy pocos días fue el acontecimiento que voy a contar.

El 25 a las seis me mandó llamar el Libertador; contesté que estaba con dolor en la cara; repitió otro recado, diciéndome que mi enfermedad era menos grave que la suya y que fuera a verlo; como las calles estaban mojadas, me puse sobre mis zapatos, zapatos dobles. (Estos le sirvieron en la huida, porque las botas las habían sacado para limpiarlas). Cuando entré estaba en baño tibio; me dijo que iba a haber una revolución; le dije: "puede, enhorabuena, haber no sólo una sino hasta diez, pues usted da muy buena acogida a los avisos". "No tengas cuidado, me dijo, ya no habrá nada".



Me hizo que le leyera durante el baño; de que se acostó, se durmió profundamente, sin más precaución que su espada y pistolas, sin más guardia que la de costumbre, sin prevenir al oficial de guardia ni a nadie, contento con que el jefe de estado mayor, o no sé lo que era, le había dicho que no tuviera cuidado, que él respondía. (Este era el señor coronel Guerra, que dicen que dio para esa noche santo, seña y contraseña, y más, al otro día andaba prendiendo a todos, hasta que no sé quién denunció a dicho jefe).

Serían las 12 de la noche cuando latieron mucho dos perros del Libertador, y a más se oyó algún ruido extraño que debe haber sido al chocar con los centinelas, pero sin armas de fuego para evitar ruido. Desperté al Libertador, y lo primero que hizo fue tomar su espada y una pistola y tratar de abrir la puerta; lo contuve y le hice vestir, lo que verifiqué con mucha serenidad y prontitud. Me dijo: “Bravo, vaya, pues: ya estoy vestido, y ahora ¿qué haremos? Hacernos fuertes”; volvió a querer abrir la puerta y lo detuve. Entonces se me ocurrió lo que le había oído al mismo general un día: “Usted no le dijo a don Pepe París que esta ventana era muy buena para un lance de estos?”. “Dices muy bien” me dijo, y se fue a la ventana; yo impedí el que se botase porque pasaban gentes, y lo verifiqué cuando no hubo gente y porque ya estaban forzando la puerta.

Yo fui a encontrarme con ellos, a darle tiempo a que se fuese, pero no tuve tiempo para verlo saltar ni para cerra la ventana. De que me vieron, me agarraron y me preguntaron: “¿Dónde está Bolívar?”. Les dije que en el consejo, que fue lo primero que se me ocurrió; registraron la primera pieza con formalidad, pasaron a la segunda y viendo la ventana abierta, exclamaron: “¡Huyó, se ha salvado!”. Yo les decía “no, señores, no ha huido, está en el consejo”; y “¿Por qué está abierta esta ventana?”, “Yo la acabo de abrir, porque deseaba saber qué ruido había”.

Unos me creían y otros se pasaron al otro cuarto, tocando la cama caliente, y más se desconsolaron, por más que yo les decía que yo estaba acostada, esperando que saliese del consejo para darle un baño; me llevaban a que les enseñara el consejo, porque usted sabe que siendo esa casa

nueva, no conocían cómo estaba repartida, y el que quedó de entrar a enseñarles, se acobardó (según se supo después); yo les dije que sabía que había esa reunión, que la llamaban consejo, a la que asistía todas las noches el Libertador pero que yo no conocía el lugar. Con esto se enfadaron mucho, y me llevan con ellos, hasta que encontré a Ibarra herido, y de que me vio me dijo: “¡Conque han muerto al Libertado!”. “No, Ibarra, el Libertador vive”. Conozco que ambos estuvimos imprudentes; me puse a vendarlo con un pañuelo de mi cara. Entonces Zulaibar me tomó por la mano a hacerme nuevas preguntas; no adelantando nada me condujeron a las piezas de donde me habían sacado, y yo me llevé al herido y lo puse en la cama del general. Dejaron centinela en las puertas y ventanas y se fueron.

Al oír pasos de botas herradas me asomé a la ventana y vi pasar al coronel Fergusson, que venía a la carrera de la casa donde estaba curándose de garganta: me vio con la luna, que era mucha, me preguntó por el Libertado y yo le dije que no sabía de él, ni podía decirle más por los centinelas, pero le previne que no entrara, porque lo matarían; ¡me contestó que morirá llenando su deber! A poco oí un tiro; este fue el pistoletazo que le que tiró Carujo y además un sablazo en la frente y el cráneo; a poco se oyeron unas voces en la calle y los centinelas se fueron, yo tras ellos a ver al doctor Moore para Andresito. El doctor salía de su cuarto y le iban a tirar, pero su asistente dijo: “No maten al doctor” y ellos dijeron: “No hay que matar a sacerdotes”. Fui a llamar al cuarto de don Fernando Bolívar, que estaba enfermo, lo saqué y lo llevé a meter el cuerpo de Fergusson, pues yo lo creía vivo, lo puse en el cuarto de José (que estaba de gravedad enfermo, si no muere, porque él se habría puesto al peligro).

Subí a ver a los demás, cuando llegaron los generales Urdaneta, Herrán y otros, a preguntarme por el general; entonces les dije lo que había ocurrido, y lo más gracioso de todo me decían: “¿Y a dónde se fue?” cosa que ni el mismo Libertador sabía a dónde iba. Por no ver curar a Ibarra me fui hasta la plaza, y allí encontré al Libertador a caballo hablando con Santander y Padilla, entre mucha tropa que daban vivas al Libertador. Cuando regresó a la casa me dijo: “Tú eres la Libertadora del Libertador”.



Se presentó don Tomás Barriga y le iba a arengar; pero el general, con esa fogosidad que usted tanto conocía, le dijo: “Sí, señor, por usted y otros como usted que crían malcriados a sus hijos, hay estas cosas, porque de imbéciles confunden la libertad con el libertinaje”. Fueron muchos extranjeros, entre ellos el señor Illingworth y todos fueron muy bien recibidos. El libertador se cambió de ropa y quiso dormir algo, pero no pudo porque a cada rato me preguntaba algo sobre lo ocurrido y me decía: “No me digas más”; y él volvía a preguntar; y en esta alternativa amaneció. Yo tenía una gran fiebre.

El Libertador se molestó mucho con el coronel Crofton, porque él apretó el pescuezo a uno de los que condujo al palacio a quien el general mandó dar ropa para que se quitase la que tenía mojada, buscándola entre la suya, y los trató a todos con mucha benignidad; por lo que don Pepe París les dijo: “¿Y a este hombre venían ustedes a matar?”. Y contestó Horment: “Era al poder y no al hombre”; entonces fue cuando tuvo lugar la apretada, al tiempo que entraba el Libertador; y se puso furioso contra este jefe (Crofton) afeándole su acción de un modo muy fuerte.

Dicen que les aconsejó a los conjurados que no dijeran a sus jueces que traían el plan de matarlo, pero que ellos decían que habiendo venido a eso no podían negarlo. Hay otras tantísimas pruebas que dio el general de humanidad, que sería nunca acabar. Su primera opinión fue el que se perdonase a todos, pero usted sabe que para esto tenía que habérselas con el general Urdaneta y Córdova, que eran unos de los que se entendían en estas cosas. Lo que sí no podré dejar en silencio es que el consejo había sentenciado a muerte a todo el que entró en palacio, y así es que excepto Zulaibar, Horment y Azuerito, que confesaron con valor como héroes, de esa conspiración, los demás todos negaron, y por eso dispusieron presentármelos a mí a que yo dijese si los había visto; por esto el Libertador se puso furioso: “Esta señora, dijo, jamás será el instrumento de muerte ni la delatora de desgraciados”.

No obstante esto, me presentaron ya en mi casa a un señor Rojas, y consentí en verlo, porque tuve muchos empeños de señoras para que dijese que no

lo había visto; así lo hice, mas una criada mía, y un soldado que entraban a tiempo lo conocieron; pero yo compuse la cosa con decir que si más caso hacían de lo que ellos decían que de mí, y los que lo acusaban estaban equivocados, y se salvó. Dije también que don Florentino González me había salvado a mí la vida diciendo: “No hay que matar mujeres”; pero no fue él sino Horment al tiempo de entrar cuando hicieron los tiros.

Entraron con puñal en mano y con un cuero guarnecido de pistolas al pecho; puñal traían todos, pistolas también; pero más creo que traían Zulaibar y Horment; entraron con farol grande con algunos artilleros de los de reemplazos del Perú. Estos señores no entraron tan serenos, pues no repararon ni en una pistola que yo puse sobre una cómoda, ni en la espada que estaba arrimada, y además, en el sofá del cuarto había fuerza de pliegos cerrados y no los vieron; cuando se fueron los escondí debajo de la estera. El libertador se fue con una pistola y con el sable que no sé quién le había regalado en Europa. Al tiempo de caer en la calle pasaba su repostero y lo acompañó. El general se quedó en el río, y mandó a este a saber cómo andaban los cuarteles; con el aviso que lo llevó, salió y fue para el de Vargas. Lo demás, usted lo sabe mejor que yo, sin estar presente, que si estaba, yo sé que usted habría muerto.

No se puede decir más, sino que la Providencia salvó al Libertador, pues nunca estuvo más solo; no había más edecanes que Fergusson e Ibarra, ambos enfermos, en cama; el uno en la calle y el otro en casa, y el coronel Bolívar donde el general Padilla. Nuestro José muy malo, don Fernando enfermo, la casa era un hospital.

Cuando el general marchó de Bogotá, no sé para dónde, fue que me dijo: “Está al llegar preso el general Padilla; te encargo que lo visites en su prisión, que lo consueles y lo sirvas en cuanto se le ofrezca”. Así lo hice yo. El señor general Obando, a quien Dios guarde por muchos años, ha dicho en Lima antes de ahora, que yo, en medio de mis malas cualidades, tenía la de haberme portado con mucha generosidad, a lo que yo contesté que esa virtud no era mía, sino del Libertador, que me había dado tantas y tan repetidas



lecciones de clemencia con el mismo panegirista. Esto es muy cierto, a usted le consta. De modo que tantos escapados de la muerte fueron por el Libertador. Basta decir a usted que yo tuve en mi casa a personas que buscaban, y que el Libertador lo sabía. Al doctor Merizalde le vi yo en una casa al tiempo de entrar yo a caballo, y le dije a la dueña de casa: “Si así como vengo con un criado, viniese otra persona conmigo, habrían visto al doctor Merizalde; dígame usted que sea más cauto”. Tal vez sería por eso que después de muerto el Libertador me hizo comadre Merizalde. Infinitas cosas referiría a usted de este género, y las omito por no ser más largas, asegurándole a usted que en lo principal no fui yo más que el instrumento de la magnanimidad del gran Bolívar.

Manuela Sáenz de Aizpuru, Coronela del Ejército Libertador.

## BIBLIOGRAFÍA

- Londoño López, J. (2020). *Historia y antología de la literatura ecuatoriana*, Tomo IX-A. Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión.
- Londoño López, J. (2008). Manuela Sáenz: “mi patria es el continente de la América”. *Cuadernos Americanos*, 3(125), 67-85. [https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/handle/CIALC-UNAM/A\\_CA392](https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/handle/CIALC-UNAM/A_CA392)
- Miño, R. (1999). Manuela Sáenz: presencia y polémica en la historia. *Proceso, Revista Ecuatoriana de Historia*, 14, 115-125.
- Quintero, I. (2001). Las mujeres de la Independencia: ¿heroínas o transgresoras? El caso de Manuela Sáenz. En E. Dos Santos, *Actas do XII Congresso Internacional de AHILA*, Vol. 3 (pp. 293-304). Universidade do Porto.
- Taxin, A. (1999). La participación de la mujer en la independencia: El caso de Manuela Sáenz. *Proceso, Revista Ecuatoriana de Historia*, 14, 85-113.
- Vilalta, M. J. (2012). Historia de las mujeres y memoria histórica: Manuela Sáenz interpela a Simón Bolívar (1822-1830). *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y Caribeños / Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, 93, 61-78.